

Yolanda Martín López

# *Corrientes de Aire*

::

Serie Aurrimar - Preludios



## Corrientes de Aire ::

### 1

**E**l joven sacudió la mano con energía, la sentía entumecida. Soltó la fina y ya casi gastada barrita de carboncillo que sostenía y la depositó con delicadeza junto al resto de sus útiles de dibujo. Revolvió con gesto de disgusto el contenido de la descascarillada caja metálica (uno de los pocos objetos que aún conservaba de su antigua existencia). En ella solo quedaban pedazos de grafito tan diminutos que a duras penas podría sujetarlos entre los dedos. ¡Y aún le quedaban tantas maravillas por plasmar sobre el papel! No deseaba olvidar nada de aquel mágico lugar al que tal vez nunca pudiera regresar.

Hacía apenas unas horas que habían llegado a los legendarios dominios de los *Voladores* tras pasar largas y agotadoras jornadas de viaje por la región más occidental del Mar de Dunas. Una región que constituía un gran vacío en los mapas que él estudiara tiempo atrás en la bien surtida biblioteca de su familia. Una región que se consideraba deshabitada y en la que parecía imposible que pudiera desarrollarse una cultura tan extraordinaria como la que acababa de descubrir. ¡Cuán equivocados estaban los orgullosos dirigentes de la Confederación de Puertos al considerarse dueños y señores de un mundo que supuestamente controlaban en su totalidad! Todavía quedaban tantos pueblos y realidades cuya existencia ignoraban por completo; y que él mismo había descubierto por pura casualidad hacía dos años, cuando un imprevisible e impetuoso viento del norte arrojó su frágil nave hacia un mundo de arena del que ya no deseaba escapar...

Para su sorpresa, había sido allí, en el inhóspito desierto de Zahrs, en aquellas tierras en apariencia sin vida, calcinadas por un sol inclemente y frecuentemente barridas por colosales tormentas de arena (capaces de sepultar ciudades enteras a su paso), donde había encontrado la libertad que su mente ansiaba, la felicidad que los muchos compromisos de su influyente familia le negaban. Allí, en medio de ninguna parte, el destino le había unido a Belisa.

¡*Belisa!*, modularon sus labios sin pronunciar sonido alguno. Un agradable hormigueo le recorrió la espina dorsal al recordar el día en el que sus almas se habían encontrado por primera vez. *Amor a primera vista*, se dijo para sí mismo henchido de felicidad. Sin duda lo había sido. Un amor fresco, tierno, estimulante... Pero también plagado de tormentosas dificultades debido a las ancestrales e inflexibles tradiciones por las que se regían los Clanes del desierto y que condicionaban cruelmente la libertad de decisión de sus mujeres. Él era un desconocido, un extranjero sin familia ni clan que lo respaldara en sus pretensiones. La joven se encontraba prometida a otro hombre desde la infancia y solo la influencia y fiera determinación de su futura suegra, Baliseta, habían logrado lo que parecía un propósito difícil de alcanzar; aunque para ello, antes tuvo que entregar a la familia del agraviado Nimrabid gran parte de su rebaño de *plamants* como compensación por romper la palabra dada tantos años atrás. Tal decisión la había dejado prácticamente en la miseria pero poco le importaba eso a la valerosa viuda si con ello lograba la felicidad de su única hija. Fueron tiempos duros para todos ellos pero lograron salir adelante con amor, trabajo y derroche de ingenio: Baliseta contribuía a las mermadas arcas de la casa con la venta de sus hierbas y remedios; Belisa pastoreaba los pocos animales que les dejaron conservar y él, Junkavich Litzche, ponía en práctica los *extravagantes* artefactos que su mente ideaba sin cesar.

No, su vida no había sido fácil durante aquellos últimos años, como tampoco había resultado sencillo convencer al Patriarca Alareshi para que le dejara formar parte de la expedición que ese año partiría con destino a la tierra de los *Voladores*. Los poderosos y arrogantes guerreros del clan, los *mashalis*, se oponían abiertamente a que un extraño a su pueblo los acompañara por los secretos

caminos que solo ellos transitaban. Pero el Patriarca, pese a lo avanzado de su edad, aún conservaba una mente ágil, y sobre todo práctica, que podía ver mucho más allá de los oscuros consejos que vertían en sus ya endurecidos oídos los cada vez más influyentes chamanes de la aldea. Su aguda y fría mirada de halcón todavía era capaz de apreciar la verdadera valía de las personas que le rodeaban. Y aquel peculiar extranjero que había llegado hasta ellos de forma tan inverosímil, y sin duda milagrosa, poseía cualidades de las que la mayor parte de su gente carecía: perspicacia, imaginación, arrojo, determinación. Algunos de los artilugios desarrollados por el pálido muchacho (tan diferente a ellos en el tono de la piel como en el resto de su apariencia física) habían mejorado notablemente la vida en el palmeral. El astuto Alareshi había sabido ver en el sencillo y práctico sistema de poleas que ahora utilizaban para extraer el agua de los pozos más profundos, un muy útil y elaborado producto que tal vez pudiera interesar a un pueblo tan abierto a las novedades como eran los habitantes de la Gran Herida. ¿Y quien mejor para venderlo que su propio creador?

Y así fue como él, Junkavich Litzche, había conseguido un puesto en una caravana con la que había fantaseado desde el mismo instante en el que escuchó a los ancianos de la aldea relatar, en torno a la Hoguera Central, sus increíbles andanzas juveniles por tan lejanas tierras. Dudaba mucho de que la mayor parte de aquellas historias fueran ciertas; sobre todo, si se tenía en cuenta el carácter vanidoso y fanfarrón que aquellos hombres solían desplegar ante las nuevas generaciones de *Tulos* durante las largas veladas nocturnas del desierto. Pero por otro lado, el joven Junkavich, había llegado a conocer a aquellos rudos habitantes de la arena lo suficiente como para saber que carecían de la fantasía necesaria para concebir una civilización como la que describían con tal cantidad de detalles. Su suegra, Baliseta, aunque jamás había viajado más allá del Oasis de Taleg, le confirmó la veracidad de tales relatos. Fue entonces cuando su desbordante imaginación prendió como una cerilla en medio de una montaña de reseca hojarasca. Soñaba incluso despierto con llegar a conocer semejante maravilla por sí mismo. Parecía tan increíble que un lugar semejante pudiera existir no muy lejos del que ahora consideraba su hogar...

Alargó el brazo y, con cuidado, arrastró hacia él la bandolera que había dejado a la sombra para que su contenido no se calentara demasiado. Sacó el rugoso pellejo de piel de *dromaris* y bebió un buen trago de agua. Lo volvió a guardar sin hacer ruido. No deseaba perturbar a la criatura que llevaba rato observando escondido tras un denso arbusto de anchas y carnosas hojas. La había visto detener su vuelo y sentarse en el curioso mirador de madera que horas antes él mismo había estado inspeccionando tratando de descubrir su utilidad. Ahora estaba casi seguro de conocer el propósito con el que había sido colocado en aquel lugar: al mismo borde del precipicio.

Le pareció escuchar un leve chasquido a su espalda. Acuclillado como estaba giró la cabeza por encima de su hombro derecho. Allí no había nadie. Movié la cabeza de un lado a otro mientras sus facciones se contraían en una mueca de burla ante su propia simpleza. ¿Acaso esperaba que alguien le siguiera hasta aquellas soledades? Sus compañeros de viaje se habían desentendido de él nada más llegar a su destino usurpando la misión que el mismísimo Jefe del Clan le había encomendado. Por lo visto, los *mashalis* comandados por Misf, el hijo mayor del Patriarca Alareshi, nunca habían tenido la intención de dejarle participar en las negociaciones. Le molestó que no se respetara la voluntad del anciano dirigente pero tampoco se mostró demasiado ofendido ante un desaire tan descarado hacia su persona. Fue todo un alivio verse relegado de semejante cometido. En realidad, él no había viajado hasta allí para perder el tiempo en tediosas discusiones sobre el precio de la lana, la calidad del *neguil*, o la utilidad de sus poleas. Era otro su objetivo. En cuanto se sintió liberado de sus obligaciones comerciales abandonó la caravana, situada para sus verdaderos intereses demasiado lejos de cualquier núcleo habitado por *Voladores*, y se encaminó hacia el lugar que los *Tulos* denominaban La Gran Herida.

Introdujo la caja metálica en la bandolera junto al pellejo de agua. El sol comenzaba a declinar y pronto tendría que regresar al campamento. Sus ojos del color del cielo volvieron a recorrer con calma la inmensa grieta que se abría ante él como si un dios enfurecido hubiese hendido la piel del mundo con una gigantesca hacha. La llaga así creada mostraba a la luz del atardecer un color rosáceo tan intenso y llamativo que asemejaba la carne fresca de algún monstruoso ser medio descuartizado. Las dimensiones de semejante estructura geológica resultaban apabullantes. Se perdía en la distancia tanto hacia el este como hacia el oeste sin que él pudiera llegar a vislumbrar su final. Pero, pese a tan glorioso espectáculo de la naturaleza, su atención se detuvo una vez más en las construcciones suspendidas sobre los vertiginosos abismos del cañón: gráciles y delicadas edificaciones que se aferraban a la roca como si formaran parte de ella; imposibles puentes y pasarelas que unían las fachadas de la angosta garganta como los hilos tendidos por una gigantesca araña que comenzara a tejer su tela; torres y pináculos que desafiaban la gravedad y cuya auténtica función desconocía por completo...

Sus pulmones exhalaban el aire con un doloroso sentimiento de derrota. Había perdido gran parte del día deambulando al borde de aquellos precipicios en busca de un sendero que le permitiera descender hasta el núcleo habitado de aquella increíble ciudad, y no lo había conseguido. Había tenido que conformarse con dibujar en la distancia lo que sus pies anhelaban hollar, lo que su manos deseaban tocar, lo que todos sus sentidos buscaban experimentar: la vida, el sabor, el aroma de una nueva cultura por descubrir.

Una repentina polvareda procedente del páramo situado a su espalda abrió la carpeta en la que guardaba sus trabajos y agitó con violencia las hojas del tosco cuaderno que él mismo se había confeccionado antes de partir hacia aquellas tierras. Maldijo en voz alta y sus manos acudieron rápidamente para impedir que los dibujos a los que tanto esfuerzo había dedicado terminaran rasgándose o peor aún, salieran volando perdiéndose para siempre. El ruidoso aleteo del pergamino sobresaltó a la *voladora*. Sus alas, que hasta entonces habían permanecido completamente abiertas mostrándole todo el esplendor de su intrincado diseño, se replegaron con un rápido y preciso movimiento. *Como una auténtica mariposa*, pensó el joven con un nudo en la garganta. Ella giró la cabeza en su dirección y sus miradas se encontraron. Tragó saliva. Se sentía pillado en una falta grave. La había estado observando sin su permiso, escondido como un vulgar salteador a la espera de lanzarse sobre su desprevenida víctima. ¿Qué pensaría de él? ¿Qué podía decirle?

Fue ella la primera en hablar. No se mostraba asustada ni sorprendida; más bien parecía divertida y hasta interesada en su presencia. Junkavich, rojo como la grana, trató de ponerse en pie rápidamente pero llevaba tanto tiempo acucillado tras el arbusto que a punto estuvo de caerse de culo. Apenas sentía las rodillas. Se sujetó con fuerza a las ramas próximas para recuperar el equilibrio y poder así incorporarse sin perder del todo la poca dignidad que le quedaba en tan bochornosa situación.

La alegre risotada de la *voladora* resonó alta y clara en sus oídos. Estudió entonces el rostro que se burlaba de él: ovalado, de ojos almendrados y oscuros, pómulos altos y sonrosados... El brillante pelo castaño rapado a la altura de las sienes, caía a su espalda recogido en una gruesa y larga trenza que se movía con la sinuosidad de una serpiente cada vez que ella agitaba la cabeza. Todo ello, unido a su menuda constitución, le confería un aspecto aniñado que los pequeños pero firmes y abultados senos que se marcaban bajo su ajustada indumentaria se encargaban de desmentir. Era joven, pero no una niña. Tal vez incluso fuera mayor que él.

—No me extraña que no puedas levantarte. Llevas demasiado tiempo ahí agachado, espíandome.

Su voz era aguda y cantarina como el trino de los muchos pájaros que anidaban en las paredes de angosto desfiladero.

—¿Sabías que estaba aquí? —preguntó él alzando las cejas con desconcierto y cada vez más avergonzado por su descortés comportamiento.

La *voladora* asintió sin dejar de sonreír. Le hizo un gesto con la mano invitándole a acercarse. Junkavich Litzche recogió del suelo la carpeta y la bandolera y se apresuró hacia la joven que le hacía

sitio en la plataforma sobre la que estaba sentada. El corazón batía con furia contra su pecho ante la oportunidad que se le brindaba de poder charlar por fin con un miembro de aquel asombroso pueblo.

—Al principio no te había visto. Pero cuando empezaste a sacar tus cosas de la bolsa no pude evitar oírte.

—¡Y yo que pensaba que estaba siendo muy sigiloso! —Sonrió Junkavich al tiempo que asentía con la cabeza para mostrarle a la joven que reconocía su estupidez—. No deseaba asustarte ni importunarte con mi presencia.

Junkavich dejó la bolsa en el suelo y sin soltar la carpeta cruzó las piernas para sentarse junto a ella. La pulida superficie del entarimado había acumulado tanto calor a lo largo del día que tuvo que removerse durante unos segundos hasta que su trasero se adaptó a la desagradable temperatura.

—Poseo un oído muy fino... y además tengo esto —dijo ella mostrándole un objeto similar a un espejo en forma de medallón que llevaba prendido en lo que parecía un uniforme confeccionado con retales de cuero de múltiples y llamativos colores—. ¿Lo ves? Podía verte sin que te dieras cuenta. Si me hubiese sentido amenazada de alguna manera habría remontado el vuelo rápidamente.

—Muy ingenioso —asintió él estudiándolo con interés. Se trataba de un sencillo artilugio, ricamente trabajado y sin duda valioso.

—¡Y útil! —añadió la joven al tiempo que cerraba la tapa y volvía a colocarlo en su sitio—. Lo llevamos sobre todo para comunicarnos en la distancia.

—Llevo todo el día viendo salir destellos de luz desde diferentes puntos del cañón. Supuse que sería algún sistema de comunicación. En mi tierra también utilizamos algo similar.

La mujer entrecerró los ojos y lo miró contrariada, como si de repente temiera que él pudiera haber descubierto secretos que un extranjero no debiera conocer.

—¡Oh, no te preocupes! —intervino Junkavich con rapidez al ver la alarma reflejada en el delicado rostro de la *voladora*. Levantó su mano derecha en señal de disculpa aunque pronto la bajó al darse cuenta que las yemas de sus dedos estaban completamente negras por culpa del carboncillo con el que había estado dibujando durante todo el día—. Reconozco que intenté descifrarlo...

Era mejor ser sincero que perder su confianza incluso antes de habérsela ganado. No le había pasado desapercibido el disimulado movimiento que la mano de la joven había realizado hacia una de las elegantes dagas que lucía a la altura de los riñones.

—Pero me temo que vuestro código de señales es bastante diferente al que utiliza mi gente y no...

Se sentía bastante miserable. En cualquier otra región del Continente seguramente ya le habrían detenido por fisgón o peor aún, encarcelado por espía.

—¡Perdona! —se disculpó al tiempo que bajaba la mirada y, nervioso, trataba de limpiarse los dedos frotándolos contra el pantalón—. Ya sé que mi comportamiento parece algo sospechoso pero nada más lejos de la realidad... Es solo que... todo lo que veo me resulta tan extraordinario... que me es imposible... —No lograba encontrar las palabras adecuadas para salir del atolladero. La oratoria nunca había sido su fuerte.

Giró la cabeza y se enfrentó directamente a la joven que ahora le contemplaba con el ceño ligeramente fruncido a la espera de lo que él pudiera añadir en su defensa.

—Creo que no hemos comenzado con buen pié. Ni siquiera nos hemos presentado —dijo sin peder de vista los penetrantes y acusadores ojos que le desafiaban sin parpadear—. Me llamo Junkavich Litzche. Aunque todo el mundo me llama simplemente... Junka.

Tendió la mano en espera de que ella la aceptara. No sucedió así.

—Extraño nombre —respondió la *voladora* limitándose a asentir con la cabeza mientras que con estudiada indiferencia dejaba vagar su mirada por la infinita garganta que constituía su hogar.

Junka respiró aliviado al ver que la mujer no se mostraba molesta por su gesto. Todo lo contrario, parecía más relajada; incluso había apartado sus largos dedos de las mortíferas dagas que estaba seguro sabría utilizar. Tal vez en aquellas tierras no fuera correcto darse la mano en señal de saludo. Tenía que reconocer que desconocía por completo las costumbres de aquellas gentes.

—¿Has venido con los Tulos? —preguntó la *voladora* girándose nuevamente hacia él y estudiándolo con intensidad.

—¡Así es!

Junka entrecruzó las manos sobre la carpeta que reposaba en su regazo y jugueteó con sus manchados dedos. Ella no le había dado su nombre. No confiaba en él y eso le dolía. Aunque tampoco podía culparla por ello.

—No pareces uno de ellos... Tu piel es muy pálida... Y tus ojos son... Nunca había visto un color semejante.

El descarado escrutinio de la mujer hizo que se removiera nervioso. ¿Se habría sentido ella igual de incómoda mientras la espiaba?

—En realidad no lo soy —reconoció al tiempo que reparaba casi sin darse cuenta en las finísimas arrugas que rodeaban los oscuros ojos de la *voladora*. Tal como había sospechado se trataba de una mujer madura y no de una niña. De ahí el aplomo y la seguridad con la que se comportaba—. Nací en una ciudad llamada Cadiria. Situada mucho más al norte —añadió señalando con la mano hacia el impreciso horizonte que debía encontrarse más allá de los desolados páramos que se extendían a su espalda.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo la mujer con los ojos entrecerrados, como si intentara hacer memoria—. ¿Está muy lejos?

—¡Demasiado! —Suspiró dejando salir el aire muy lentamente.

No eran muchas las ocasiones en las que pensaba en su tierra natal pero cuando lo hacía, un nostálgico sentimiento de pérdida le invadía sin poder evitarlo. No es que echara de menos su anterior existencia de rico heredero de una de las familias más influyentes de la Confederación de Puertos, pero sí que añoraba el siempre desinteresado y sincero cariño que sus padres le profesaban. No podía dejar de pensar en el dolor que les habría causado su desaparición. Seguramente ya le habrían dado por muerto y él aún no había encontrado el modo de comunicarse con ellos para paliar su sufrimiento. Las enormes distancias que les separaban se le antojaban insalvables en sus actuales circunstancias. Carecía de los medios necesarios para regresar. Tal vez algún día...

—¿Por qué me dibujabas? —preguntó ella cambiando repentinamente de tema al ver la sombra de tristeza que había apagado el antes expresivo rostro del extranjero.

—Me interesa mucho vuestra cultura. Nunca antes había conocido un pueblo como el vuestro.

Junka, agradecido por su generosa intención, le ofreció su cuaderno para que apreciara los dibujos con los que había intentado reproducir tanta maravilla. Ella lo tomó en las manos y pasó las hojas con cuidado para que el viento que comenzaba a arreciar nuevamente no las dañara. Sus dedos, enfundados en cuero negro, se paseaban por los oscuros y finos trazos como si con ellos pudiera penetrar en los edificios allí representados y que ella tan bien conocía. Su atención se detuvo durante unos instantes en el apresurado boceto de una de sus naves de planeo.

—Yo llegué volando al desierto desde mi tierra en un chisme parecido a ese. Lo diseñé yo mismo —aseguró Junkavich Litzche no sin cierto orgullo, posando su ennegrecido dedo sobre el papel.

—Cadi...

—Cadiria.

—¿Cadiria, es entonces un pueblo de *zéphyrus*? —preguntó ella devolviéndole el cuaderno y observándole con renovado interés.

—¿De qué? —exclamó él sorprendido por el término.

—*Voladores*, como nos llaman los *Tulos*.

—¡Por desgracia no! —Sonrió con tristeza—. Me temo que yo era el único. Una especie de chalado con ideas extravagantes sobre la forma más satisfactoria de desplazarse de un lugar a otro. Los ribereños del Mar de Cadiria son en su mayor parte marinos, mercaderes... Gente sensata, con los pies bien puestos sobre la tierra... o sobre la cubierta de algún barco...

—¡Qué simples! ¡No hay nada como la sensación que se experimenta al volar como las aves! — exclamó ella con tal intensidad y convicción que el corazón del joven *cadirio* se aceleró de emoción. Por fin conocía a alguien que no le consideraría un loco rematado si le exponía sus ideas al respecto.

La *voladora*, seguramente cansada de permanecer sentada en la misma posición durante tanto tiempo, se estiró cuan larga era mientras que dejaba que sus alas se desplegaran nuevamente en toda su majestuosa amplitud. Junka se estremeció al sentir su roce en la espalda.

—Tu gente parece tan estúpida como esos *Tulos*...

La joven enmudeció de repente y volvió su rostro hacia él. Ahora era ella la que parecía sofocada.

—¡Oh, no, no te preocupes! —la animó al ver que detenía su discurso pensando que había metido la pata al ofender de semejante manera a los miembros de la delegación de la que él formaba parte—. Yo también pienso que muchos de ellos son estúpidos.

¡Y tengo en mente a unos cuantos a los que adjudicarles semejante calificativo!, dijo para sí mismo pensando en alguno de sus compañeros de viaje.

—Nunca entablan negociaciones si hay mujeres delante... Y consideran que volar es algo tan antinatural que ni siquiera se acercan a nuestra ciudad. Por ese motivo hay que recibirles allí —y señaló de forma despectiva, alzando el mentón, en la dirección en la que se encontraba el campamento *tulo*—en lo alto del acantilado. Creo que nos consideran unos demonios, gente sin alma o algo así.

—¡Algo así! —Sonrió Junka al recordar las conversaciones escuchadas al calor de la hoguera—. Pero también hay personas inteligentes y de mente abierta en el Clan. ¡Como mi mujer y mi suegra, por ejemplo! —aseguró con orgullo mal disimulado.

Su expresión volvió a ensombrecerse casi al instante al recordar las lágrimas de Belisa durante la última noche que habían pasado juntos antes de partir. El viaje sería largo y peligroso, nunca habían estado separados tanto tiempo; pero él sabía que no era solo miedo por su seguridad lo que la hacía verter sus lágrimas sobre la almohada. Eran la rabia, la frustración por no poder acompañarle en aquella aventura con la que ella misma había soñado desde niña. Junkavich acarició la carpeta engordada con sus bocetos. Su esposa era uno de los motivos por los que se afanaba en reproducir de manera fiel aquel increíble mundo: para mostrárselo, para que viajara hasta allí guiada por sus palabras, por sus recuerdos y por su portentosa imaginación.

—¿Estás casado?

—¡Sí! Mi esposa se llama Belisa y habría venido encantada conmigo si no fuera porque esperamos a nuestro primer hijo. El embarazo está ya muy avanzado y...

—¿La habrían dejado venir? —preguntó ella alzando las cejas con incredulidad. Sus finas facciones reflejaban bien a las claras que no lo creía posible—. Nunca he visto a una mujer *tula*. En realidad hemos llegado a pensar que no existen, que los *Tulos* surgen de la tierra como si fuesen hongos.

Junka la miró durante unos instantes y ambos prorrumpieron en sonoras carcajadas de complicidad. Aquella mujer parecía conocer bien el carácter obtuso y cerrado de los Clanes del desierto.

—No, no se lo habrían permitido —reconoció con un sincero deje de amargura—. Pero estoy seguro de que ella se las habría ingeniado para seguirnos sin ser vista. Le encantaría este lugar —murmuró mientras pasaba con mimo las hojas de su cuaderno. Tal vez en el futuro todo fuera diferente y él y su familia pudieran visitar aquellas tierras libres ya del yugo de la ignorancia y la superstición.

La imagen aún se encontraba fresca en su mente: la desafiante silueta de su esposa despidiéndole al amanecer; con su mano izquierda levantada a la altura de la frente para impedir que los nacientes rayos del sol la cegaran mientras que con la derecha acariciaba el abultado vientre que la retenía en la aldea. Estaba sola. Ningún otro miembro del Clan se habría atrevido a llegar hasta la Roca del Adiós, el límite natural que separaba los dominios del Clan Tulo del sagrado Territorio Ancestral donde, según sus creencias, habitaban los dioses y sus terribles criaturas. Una desolada e inhóspita región

donde únicamente los chamanes osaban adentrarse con la seguridad de salir con vida. Un lugar tan inexplorado y plagado de desconocidos peligros que las expediciones comerciales con destino a la Gran Herida debían dar un rodeo considerable para no perturbar tan sacro santo lugar; retrasando de ese modo los desplazamientos considerablemente.

Él era un extranjero y por lo tanto no se consideraba atado a tan absurdas creencias. No eran pocas las ocasiones en las que había realizado alguna que otra escapada hacia aquellos parajes y jamás había observado nada extraño que confirmara tales supersticiones. Escapadas que realizaba en el más estricto de los secretos para que nadie pudiera acusarle de profanar tierra sagrada. No deseaba que su mujer y su suegra se vieran implicadas en sus *fechorías*. Bastantes problemas les había ocasionado ya con su sola presencia.

¡*Belisa!*, suspiró su alma con profunda nostalgia. La echaba de menos. Le habría gustado tanto compartir tan enriquecedora experiencia con ella...

—Tus dibujos son muy hermosos y precisos. Seguro que a ella le gustan —comentó la *voladora* cortando sus pensamientos. Había interpretado correctamente el verdadero destino de aquel cuaderno que el forastero acariciaba como si se tratara del tesoro más preciado que uno pudiera poseer. Se sentía en cierto modo halagada de que alguien tuviera en tan alta estima su cultura como para desear compartirla con la persona amada.

—No son más que un pálido reflejo de la realidad... Por ejemplo este —Y pasando las hojas le mostró el último dibujo, el que había estado haciendo de sus alas—. Nadie sería capaz de reproducir con exactitud su complejo diseño... ¿De qué están hechas? —preguntó con la esperanza de que ella no se sintiera molesta por su ávida curiosidad.

La joven las plegó de nuevo y le ofreció el extremo de una de ellas para que la tocara. Junka alargó la mano con timidez, con miedo de dañar algo tan valioso y hermoso. Su tacto era tan suave que incluso le hacía cosquillas en las yemas de los dedos. La *voladora* le observaba con una leve sonrisa de aprobación. Sin duda aquel extraño era una persona sensible a la belleza y digna de conocer sus secretos.

—Las plumas parecen tan reales...

—¡Y lo son! —exclamó ella soltando una alegre carcajada. Le gustaba aquel hombre cuyos ojos brillaban con al excitación de un niño ante un irresistible caramelo con el que hubiera estado soñando durante semanas—. ¿Ves esa enorme ave que ahora sobrevuela el Puente del Retorno?

Junka condujo sus ojos hacia el lugar que ella señalaba: un increíble arco de piedra natural, tallado y horadado como si de un delicado encaje se tratara y por el que diminutas personas, del tamaño de hormigas, cruzaban de un lado a otro con absoluta seguridad.

—Es una *musherte*. Al igual que las serpientes cambian su piel al crecer, también las *mushertes* renuevan el plumaje para mullir sus nidos. Es allí donde las recogemos. Se limpian, se tratan y se montan sobre una fina malla de hilo de *plamant*. ¿Ves? —dijo apartando el plumaje superficial para dejarle ver el verdoso entramado interior que mantenía sujeta toda la estructura.

—Pero son enormes... —exclamó admirado por el tamaño de aquellas plumas de irisados colores.

—¡Cierto! Desde aquí no puedes apreciar el verdadero tamaño de esos animales. Cualquier cosa queda empuñecida por la grandeza del cañón. Incluso nuestra hermosa ciudad parece una diminuta colmena desde esta distancia.

—¿Entonces... para esto utilizáis la lana de *plamant* que os traen los *Tulos*?

—Para eso y para muchas otras cosas. Es un producto muy valioso para nosotros. ¡Creo que solo por eso los aguantamos! —dijo arrugando el morro con disgusto—. ¿Sorprendido?

—Todo me parece sorprendente en este lugar. Hasta este... curioso mirador —comentó acariciando la cuidada superficie de madera.

—Pero creo que tú ya has averiguado para qué lo utilizamos, ¿no es así? —preguntó la mujer mirándolo de reojo. Ella sabía la respuesta. No albergaba ya ninguna duda sobre la verdadera naturaleza del pálido extranjero: se trataba de un hombre dotado de una despierta y aguda inteligencia. Y ella rara vez se equivocaba en sus apreciaciones.



—Creo que sí... —afirmaba Junka asintiendo con la cabeza, aunque el contraído gesto de su rostro aún mostraba ciertas dudas —. He visto varios como este a lo largo de la cornisa...

—Son *reposaderos*. ¿Ves esto? —dijo mostrándole un grueso cordón trenzado que pendía de la cintura y que se remataba con una decorativa pieza metálica en forma de garra semicerrada.

—Pude ver cómo lo lanzabas cuando llegaste. Pero no sé...

—Con él podemos anclarnos en pleno vuelo a los noráis que hay debajo.

Junka entrecerró los ojos. No entendía a qué se refería. Los noráis que él conocía se encontraban en los muelles de los puertos.

—¿No los has visto?

Él negó moviendo la cabeza de un lado con otro con el ceño fruncido. Ciertamente durante la tarde, al toparse con la plataforma, se había aventurado hasta el borde de la misma para estudiarla con detenimiento. Una acción no exenta de peligro puesto que el viento soplaba con fuerza en aquel momento y no había nada a lo que aferrarse para evitar ser arrastrado hacia el abismo. Había retrocedido rápidamente. Su curiosidad tenía un límite que no deseaba traspasar. Las arriesgadas locuras a las que tan aficionado había sido en su otra vida habían quedado atrás. Ahora tenía una familia a la que debía cuidar y proteger. *Y a la que tengo que regresar sano y salvo para acompañar a Belisa en el parto.*

Ya se disponía a marcharse cuando había escuchado un apresurado aleteo muy cerca de él. Instintivamente se había agachado y ocultado entre las matas. Fue entonces cuando vio a la *voladora* lanzar su cordón, desaparecer de su vista y reaparecer como por arte de magia segundos después para posarse suavemente a descansar sobre las tablas.

La *voladora* al ver su expresión de desconcierto se desabrochó el complejo correa que le surcaba el pecho y se desprendió de sus alas dejándolas caer con suavidad tras ella. Con un rápido movimiento que hizo que Junka se sobresaltara, se tumbó sobre su estómago y se arrastró hacia el borde del entarimado. Le indicó con la mano que la imitara. El asombrado joven así lo hizo. Al llegar, asomó medio cuerpo fuera tal como ella hacía de forma bastante temeraria. El despeñadero que se abría bajo ellos no parecía tener fondo.

—¿Asustado?

—¡Más bien impresionado! —reconoció soltando el aire muy lentamente debido a la sorpresa. Allí se encontraban los enigmáticos noráis a los que ella había aludido: retorcidos mástiles de hierro sujetos a la roca de los que colgaban llamativos banderines de colores y cuyo extremo se remataba con bolas de un negro tan intenso como el del grafito que él utilizaba para dibujar. Una amplia escalera de caracol comunicaba esa zona con el mirador.

*Por lo que parece mi recién adquirida prudencia me ha jugado una mala pasada,* se dijo no sin cierta tristeza al comprobar que con sus nuevas responsabilidades había perdido buena parte de su legendaria osadía. *Si no llego a encontrarme con esta mujer nunca habría descubierto la compleja utilidad de estas construcciones.*

—En ocasiones las corrientes de aire son demasiado poderosas como para dominarlas completamente. Se vuelven peligrosas y no siempre es posible detenerse cuando una lo desea. Además, aunque parezcan ligeras, esas alas pesan lo suyo al cabo del día. Se necesita descansar la espalda de vez en cuando. Y esto ayuda —dijo lanzando al aire el trenzado cordón y atrapando con su garra la bola de uno de los largos y asombrosamente flexibles mástiles. Tiró con fuerza para mostrarle que había quedado firmemente sujeta al noray.

—¡Increíble! —exclamó el joven *cadirio* inclinándose un poco más hacia el abismo para ver mejor —. ¿Cómo lo logras? Se necesita mucha pericia para hacer algo así.

—No tanta si dispones de la pieza que da sentido a todo esto —dijo ella golpeando con la palma de la mano la oscura madera sobre la que estaban tendidos—. ¿Ves la pieza que he atrapado con mi garra? Se trata de una *bola de contacto*. Ambas piezas se atraen mutuamente. Si el lanzamiento es lo suficientemente bueno no hará falta que sea completamente preciso. El error se corregirá en el aire.

—¿Son imanes? —dijo él abriendo tanto los ojos que parecían a punto de salirse de las órbitas. Tenía que ser eso. Algo tan sencillo...

—No conozco ese término, pero estoy segura de que sabes a qué me refiero... —contestó ella encogiéndose de hombros.

Un clic sonó muy cerca de él. Ni siquiera le dio tiempo a ver de qué se trataba. El cordón se había desprendido del noray y regresaba de vuelta a manos de su dueña.

—Es un sistema muy ingenioso —reconoció tomando nota mental para futuras aplicaciones. *En los Puertos utilizamos los noráis para amarrar los barcos y evitar así que sean desplazados por las mareas. Aquí los usan para evitar que las corrientes de aire los arrastre...*

Por el rabillo del ojo un movimiento llamó su atención. Giró la cabeza hacia la derecha. A pocos metros bajo ellos nueve figuras aladas se aproximaban en perfecta formación a la ciudad. *Como las aves migratorias que anidan en los humedales cercanos a Cadiria*, se dijo sin resuello ante tanta maravilla.

—¿Por qué la mayoría de las personas que he visto volar de esa manera son mujeres?

—Porque somos más ligeras para llevar ese tipo de alas —le explicó al tiempo que se ponía en pie con la despreocupación propia de quien está acostumbrada a moverse al borde del abismo, y regresó al lugar donde había depositado las suyas. Se las volvió a colocar con rapidez, como si no se sintiera cómoda sin ellas. Una vez sujetas las correas del armazón las hizo aletear con la facilidad con la que uno mueve un brazo o una pierna, como si fueran una extensión más de su propio cuerpo—. Somos mensajeras.

—¿Mensajeras? ¿Quieres decir que recorres el cañón de un lado a otro llevando... *cartas*? —preguntó aún con la vista clavada en la bandada de *voladoras* que ya habían sido devoradas por uno de los grandes edificios que abrían sus fauces hacia el acantilado.

—¡Así es! Y no solo aquí en Unoat. Podemos desplazarnos mucho más lejos... ¿Ves estas insignias? —Junka giró la cabeza para ver lo que ella le mostraba: lo que a primera vista le habían parecido extravagantes parches de colores cosidos a la ropa—. Cuando consiga dos más de estos rojos en forma de estrella ya podré enrolarme en un crucero comercial y llegar hasta el mar, hasta Finis, la más alejada de nuestras ciudades.

—¿El mar? ¿Este desfiladero llega hasta el mar? —exclamó estupefacto al tiempo que su mirada se dirigía hacia el oeste, hacia el lugar dónde ella señalaba. ¿Quién habría imaginado algo semejante?

—Y en el mar habitan unos hombres que utilizan velas semejantes a las nuestras para cabalgar sobre las olas...

—Las Islas Olvidadas... —murmuró Junkavich Litze como si hablara consigo mismo. Apenas podía creerlo. *¿Tiene que ser ese archipiélago!*, se dijo tratando de recordar su posición exacta en los mapas. Había leído en la Gran Biblioteca de Nublia algo sobre las *excéntricas* habilidades de los *salvajes* que lo habitaban.

—¿Islas Olvidadas? ¿Es así como las llamáis? ¿Tú las has visto?

—¡No exactamente! —dijo separándose con prudencia del borde de la plataforma y sentándose con las piernas cruzadas y aire meditabundo—. He leído sobre ellas... Se encuentran muy lejos de dónde yo nací. Pero en los Puertos he visto atracar a alguno de sus barcos. Sus tripulaciones suelen estar compuestas por hombres altos y fornidos, morenos y de expresión fiera... Desde luego no me imagino a ninguno de ellos volando con algo como eso —dijo señalando las alas de la mujer que ahora parecía fascinada con sus relatos.

—Entonces conoces el mar...

—¡Sí que lo conozco! Mi ciudad, Cadiria, es una de las siete ciudades costeras que conforman la Confederación de Puertos. Nuestro mar es hermoso, poco profundo y de color turquesa. Rico, cálido y amable; aunque cuando el aliento de los Gigantes sopla hacia él, es mejor tener los barcos dentro de la protección de la bahía.

—Parece un lugar bonito para vivir. Mi abuelo fue capitán de crucero y suele contarnos que el mar de los isleños es tempestuoso y peligroso...

—¡Cierto! Viví un tiempo en una ciudad llamada Nublia. Contra sus acantilados de mármol pude ver en acción toda la furia que los Mares Turbulentos son capaces de desplegar durante una tormenta de invierno. Los mismos mares que bañan las costas de esas islas.

—Parece que has viajado mucho.

—¡Y más que me gustaría!

—¿Ya has visitado mi ciudad?

—¡No! —negó con rotundidad y tristeza—. Nuestro campamento está lejos y no tardaremos en partir... Además, no sabría ni por dónde entrar.

—Ya lo has intentado, ¿verdad? —Se burlaba ella puestos sus brazos en jarras. En el poco tiempo que llevaban juntos había llegado a conocer bastante bien la personalidad de aquel extraño. En realidad era trasparente como el agua que corría muchos metros más abajo, en el fondo del desfiladero—. ¿Te gustaría conocerla?

—¡Por supuesto! Pero me temo que ya es demasiado tarde para eso...

La oscuridad comenzaba a envolver el paisaje. Mientras charlaban, en el cielo habían ido apareciendo las primeras estrellas. Pronto sería incapaz de encontrar el camino de vuelta al campamento. Maldijo el carácter obtuso y mojigato de los *Tulos* que solo le había permitido vislumbrar desde la distancia retazos de lo que sin duda era una floreciente y creativa civilización. Había viajado tan lejos para nada. Volvió la mirada hacia las luces que comenzaban a iluminar la ciudad. Sabía que el resto de su vida se la pasaría intentando regresar a ella. Le quitaría el sueño saber que había estado tan cerca... Pero no podía demorarse mucho más en aquella cornisa. Sus compañeros de expedición no se encontraban cómodos en aquellas tierras y no tardarían en partir. En la mañana seguramente. Si no se reunía con ellos a tiempo estaba seguro de que se marcharían sin él.

El viaje hasta la Gran Herida había resultado más duro de lo que un principio había imaginado. Seguir el ritmo de los rudos y bien entrenados *mashalis* no había resultado fácil, sobre todo si se contaba con la abierta animadversión de la mayoría de ellos. Jhaleb, el aspirante a Jefe de *Mashalis*, no desperdiciaba ninguna ocasión para dejarle en ridículo y en evidencia delante del resto de sus compañeros. Aunque había tratado de registrar la ruta por la que habían viajado, existían demasiadas lagunas en su rudimentario mapa. Sería una temeridad aventurarse en solitario por el mar de dunas. Además, al venir habían tenido suerte: no se habían visto frenados por ninguna de las peligrosas tempestades de arena que asolaban frecuentemente aquella parte del mundo. Y pese a ello, habían transcurrido más de dos semanas desde que abandonaran la reconfortante seguridad de su hogar, el hermoso y habitualmente tranquilo oasis de Shifray. No, no sobrevivía tanto tiempo solo en el desierto.

El ceño de Junkavich Litzche se frunció de repente en un rictus de dolorosa preocupación.

—No puedo quedarme aquí aislado hasta la próxima expedición. No me perdonaría perderme el nacimiento de nuestro bebé.

—No te preocupes por ellos —dijo ella acercándose nuevamente hasta el borde dónde él permanecía sentado incapaz de apartar la mirada de la inalcanzable meta que ya resplandecía como un nido de doradas luciérnagas—. No se marcharán hasta dentro de un par de días.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió él levantando el rostro hacia ella con un rictus mezcla de curiosidad y esperanza.

Las alas de la mujer se agitaban con furia para contrarrestar la fuerza de la corriente que ascendía desde el profundo valle. Junka se estremeció. En cualquier momento ella podría ponerse a planear dejándolo solo con su desconsuelo y su frustración.

—Bueno, tú mismo has dicho que habías visto las señales luminosas que emitíamos. Ahora puedo desvelarte lo que decían: el cargamento de sal que han venido a buscar no ha llegado todavía.

—¿En serio?

Ella asintió con una amplia sonrisa que convenció a Junka de que decía la verdad.

—Mi trabajo por hoy ha terminado y se hace tarde —dijo, ajustándose las cinchas un poco más—. Ahora tienes dos opciones: puedes marcharte con los aburridos *Tulos* o puedes quedarte en casa de mi familia a pasar la noche si así lo deseas. A mi abuelo le encantaría compartir contigo historias sobre esas *Islas Olvidadas*. ¿Qué dices?

—¿Me llevarás volando hasta allí?

—¡Me temo que no! —respondió ella sin dejar de reír—. Ya te he explicado que mis alas no soportarían el peso de los dos. Pero te conduciré por el sendero horadado en el acantilado. Ese que no has sido capaz de encontrar. Es un paseo precioso desde el que podrás apreciar la belleza nocturna de Unoat, nuestra ciudad. Y si mañana tenemos suerte, es posible que encontremos plaza en alguno de los trasportes que hacen la ruta de ida y vuelta hasta Hueriet. Es un trayecto interesante que sin duda sabrás apreciar. ¿Qué me dices?

—No negaré que se trata de una propuesta atrayente. Pero no suelo aceptar invitaciones de desconocidas—. Ella le miró contrariada—. Te recuerdo que aún no me has dicho tu nombre.

—Lo siento, me llamo Cenora.

En esta ocasión fue ella la que acercándose a él extendió la mano para ayudarlo a levantarse. Junka la aceptó con una amplia sonrisa que ella le devolvió.

—Pues ha sido toda una suerte conocerte, Cenora de los *zéphyros*. Y un inmenso placer también —añadió inclinándose de forma cortés, tal como se hacía en los salones de fiestas de las grandes familias del Continente.

## 2

Junkavich Litze salió a toda prisa del arroyo que discurría insinuante entre las tupidas palmeras del oasis y en el que se había metido hasta la cintura para lavarse. La mañana era fría y tiritaba mientras se secaba con brío para entrar en calor. Era una sensación que le disgustaba especialmente pero no podía presentarse ante su familia oliendo a sudor y cubierto por la mugre que se había ido adhiriendo a su cuerpo y a su ropa durante semanas de viaje. Se puso la muda limpia que había estado reservando para ese momento y se encaminó con paso decidido hacia la aldea siguiendo el limpio y bien cuidado canalillo de cerámica que conducía el agua hasta las fuentes que abastecían a la población.

Cerca de las primeras construcciones aspiró con fuerza el transparente aire del amanecer. El olor era inconfundible. El angosto callejón situado tras la Torre Invernadero del poblado de Shifray se encontraba saturado con el dulce aroma del café de cardamomo que su suegra preparaba todas las mañanas. Torció la esquina, pasó por delante de los corrales donde aún dormían sus *plamants* y, una docena de metros más allá, se encontró frente a la resplandeciente casa de adobe vidriado perteneciente a su suegra. A pesar de que el sol aún no había despuntado sobre el horizonte la puerta se encontraba entreabierta. Seguramente Baliseta ya se había levantado. Solía despertarse al alba. *Para saborear el día antes de que la vida lo perturbe*, le decía siempre con una de sus amables y generosas sonrisas. Empujó la hoja con cuidado para no hacer ruido. Los goznes estaban herrumbrosos y chirriaban ante el más leve movimiento. No fue así en esta ocasión. Sorprendido, se fijó en ellos. Durante su ausencia alguien los había limpiado. *Parece que mis chicas han encontrado en qué entretenerse durante estas semanas*, se dijo a sí mismo mientras penetraba en la vivienda con paso sigiloso.

—¡Buenos días! —saludó con jovialidad a la mujer que atizaba la lumbre en la chimenea.

—¡Junka! —exclamó Baliseta girándose sobresaltada—. Me has asustado. No te esperábamos tan pronto.

—Ha sido un viaje sin contratiempos —informó al tiempo que dejaba sus bultos junto a la mesa.

—Me alegro —dijo estudiando su rostro con descarada curiosidad—. Desde luego, se te ve contento —añadió sin dejar de sonreír, aliviada y feliz por tenerle nuevamente de vuelta.

Dejó el fuelle en el suelo y se acercó a su yerno para plantarle dos sonoros besos en las mejillas que él devolvió con sincero afecto. Amaba a aquella mujer que se había convertido en una segunda madre para él. Gracias a su audacia y generosidad tenía la vida que sin saberlo siempre había soñado. Seguramente no le llegarían los años para agradecerle todas las bondades que de ella había recibido. La estrechó con fuerza entre sus brazos y la levantó en el aire al tiempo que giraba sobre sí mismo. Ambos prorrumpieron en alegres risotadas que intriguaron sobremanera al único viandante que en ese momento pasaba por delante de la casa y que no se detuvo a curiosear.

—Por lo que parece has disfrutado de tu *aventura* —dijo la mujer tratando de recuperar el resuello cuando por fin sus pies recuperaron el contacto con el suelo.

—¡No sabe cuanto! —exclamó encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza de un lado a otro, sin encontrar las palabras adecuadas para describir tan extraordinario viaje—. Ha sido incluso mejor de lo que imaginaba. Los *Voladores* son un pueblo increíble. No puede ni imaginarse...

Junkavich Litzche detuvo su excitado parlamento y un ligero rubor ascendió hasta sus mejillas. La mujer le contemplaba ahora con una amable y comprensiva expresión que no lograba ocultar la velada tristeza que sus ojos emanaban. ¿Habría pasado algo en su ausencia?

—¿Y Belisa? ¿Aún duerme? —preguntó a pesar de saber ya la respuesta.

Su mujer era la encargada de pastorear a los *plamants* y estos aún se encontraban en los corrales. El embarazo la había vuelto dormilona casi desde el comienzo. Su rebelde y ardiente temperamento se había sosegado de tal manera que no dejaba de resultarle asombroso. Era como si el bebé que llevaba dentro la calmara con su sola presencia.

—No he querido despertarla —respondió Baliseta volviendo su atención a la lumbre y al puchero que en ella cocía a borbotones—. Últimamente no ha dormido bien. Ha tenido algunas molestias... No es algo inusual cuando el parto está tan cerca...

El joven asintió en silencio. Instintivamente desvió la mirada hacia la puerta tras la que dormía su esposa. Había disfrutado del viaje. Eso no podía negarlo. Pero también era cierto que ni un solo día había dejado de reprocharse la egoísta decisión que había tomado. En el fondo de su alma sabía que no había estado bien abandonarlas en semejantes circunstancias. Pero era una oportunidad que tal vez no se le volviera a presentar en la vida... Ellas lo habían comprendido. Ni un solo reproche o queja había salido de sus labios. *Eso no quiere decir que no les doliera mi partida...*, se dijo mientras dejaba escapar el aire con estudiada lentitud en un vano intento por serenar su espíritu. Solo esperaba poder compensarlas por su paciencia y comprensión. *Juro que no volveré a dejaros atrás...*

—Me alegro mucho de que ya estés aquí —dijo Baliseta con suavidad, volviendo su redondeado rostro hacia él. Ella conocía perfectamente el dilema al que su yerno se había enfrentado antes de partir. Era un buen hombre. Ciertamente con la cabeza llena de estafalarias fantasías pero enamorado de su hija hasta el punto de renunciar a sus sueños si ella se lo pidiera. No sucedió tal cosa. Ella misma había mantenido una charla con Belisa para que no se opusiera a su viaje. *Si lo haces, lo perderás*, le había dicho a su llorosa hija para tratar de convencerla. *Esa misma imaginación que tanto admiras en él le atormentaría día tras día. No dejaría de pensar en lo que pudo ser y nunca logró. ¡Déjalo ir ahora y será tuyo para siempre!*

—¡Yo también me alegro de estar en casa! —murmuró Junka con emocionada sinceridad.

Cogió la bandolera que había depositado en el suelo junto al resto de sus patates y se dirigió hacia la alcoba que compartía con su esposa. El cuarto estaba a oscuras. Se acercó a la ventana con cuidado de no tropezar con la alfombra de caña que a ella le gustaba colocar junto a la cama. Abrió las contraventanas para que la luz y el aire renovaran el pesado ambiente que saturaba la estancia. Se desvistió sin hacer ruido. Tiró con cuidado de la espesa y peluda manta de lana de *plamant* con la que su mujer dormía tapada hasta las orejas y se tendió junto a ella. Ésta se revolvió en el lecho al sentir el delicado beso que él depositó en su mejilla. Se acurrucó contra él para protegerse de la brisa que ahora agitaba suavemente las delicadas cortinas impregnadas en esencia de rosas de fuego que impedía que los insectos penetraran en el interior de la vivienda.

—¿Qué me has traído? —murmuró somnolienta, como si el tiempo no hubiese transcurrido y él acabara de regresar de una de sus frecuentes visitas al mercado en el oasis cercano.

—Algo bonito —susurró en su oído al tiempo que alargaba el brazo y metía la mano en la bandolera que había depositado sobre el banco de corcho que le servía de mesilla. Sacó la carpeta donde guardaba los dibujos, la abrió y rebuscó en el interior del cuaderno. A modo de marcapáginas había colocado un plumón de polluelo de *musherte* ensartado en un cordón trenzado de cuero rojo que Cenora le había entregado al partir. Tiró hacia atrás de la manta para dejar el desnudo cuerpo de su esposa al descubierto y acarició con la pluma su abultado vientre.

—¿Qué es? —preguntó Belisa rozándolo con timidez. Las primeras luces del alba penetraban en ese momento por la ventana y arrancaban sorprendentes destellos irisados de aquel bonito regalo.

—El material con el que los *Voladores* tejen sus sueños.

—Pues a mí me hace cosquillas y al bebé también —dijo ella riendo y tomando en sus manos el delicado colgante.

—Eso es porque ella ya está tejiendo sus sueños también.

—¿Ella?

—¿Acaso lo dudas? Tan rebelde como su madre; que se niega a mostrarse con claridad ante esas viejas matronas amigas de tu madre... ¿Verdad pequeñina? —decía al tiempo que acariciaba con ternura el ombligo de Belisa—. También he traído un regalo para ella.

—¿Cuál?

—¿Recuerdas el día en el que estuvimos hablando sobre el nombre que le pondríamos a nuestros hijos?

—¡Sí! —asintió ella con una mueca divertida. Se estremeció. El frescor del amanecer penetraba en la estancia haciendo que el vello se le erizara. Alargó el brazo para cubrirse nuevamente con la manta, de un verde tan intenso como solo la lana su selecto rebaño podía ofrecer—. Nunca nos pusimos de acuerdo.

—Pues he encontrado en aquellas lejanas tierras un bonito nombre para nuestra hija.

—¿Y si es niño?

—¡Es igual! —exclamó encogiéndose de hombros. Era una posibilidad que ni siquiera se había planteado. Por alguna extraña razón deseaba que fuera una niña. Seguramente por rebeldía, algo en lo que se parecía a Belisa. Él mismo se encargaría de su educación y contravendría todas las normas por las que se regían en el Clan. Su hija en nada se parecería a las otras chicas de la aldea—. Se trata de un nombre fuerte y poderoso que no conoce sexos.

—Me gusta eso. ¿Me lo dirás?

—¡No! Será una sorpresa.

—Bueno, como quieras —asintió con una docilidad que sorprendió a Junkavich—. De todas formas ya no tendré que esperar demasiado para descubrirlo.

La joven *tula* bostezó ruidosamente y recostó la cabeza contra el pecho de su esposo. Se quedó dormida casi al instante, reconfortada por el calor que su cuerpo desprendía y que tanto había echado de menos durante todas aquellas semanas.

Junka la contempló con redoblado remordimiento. Se la veía cansada. Tal como Baliseta había dicho, ya faltaba poco para conocer a su retoño y él había estado a punto de no llegar a tiempo. Acarició distraídamente la piel de Belisa en espera de que el sueño acudiera también a él. Cerró los ojos. Se encontraba agotado tras las extenuantes jornadas de viaje que había dejado atrás; pero no lograba conciliar el sueño. El baño en el arroyo le había espabilado completamente. Tal vez si hacía un repaso mental de lo sucedido durante su estancia en la ciudad de los *Voladores* le fuera entrando la modorra. Se concentró para hacer memoria de todos y cada uno de los momentos vividos en tan sorprendente ciudad. Pero fueron las últimas horas pasadas en Unoat junto a Cenora y su familia las que primero acudieron a su mente.

El día de su partida había amanecido plomizo y húmedo. Nubes bajas cubrían por completo el cañón como si se tratara de bolas de algodón que taponaran alguna hemorragia en la Gran Herida. Desde la ventana de la modesta construcción excavada en la roca nada se podía ver del valle que discurría más abajo. Era como estar flotando, como estar mirando a la nada, como vivir en las nubes. Había desayunado con la familia y se disponía a marchar para reunirse con sus compañeros en la caravana cuando Cenora se le había acercado, y sin mediar palabra, había extendido la mano derecha hacia su rostro. Él se había sobresaltado ante el inesperado gesto pero al sentir su suave contacto la dejó hacer. Ella dibujaba sobre su frente con enérgicos movimientos de sus yemas al tiempo que susurraba palabras que él no llegó a comprender.

—¿Y esto? —preguntó extrañado cuando ella por fin se retiró.

—Es un regalo para que se lo lleves a tu bebé.

—¿Además de mensajera eres también una especie de... bruja?

—¡Algo así! —exclamó divertida al ver la expresión de desconcierto del hombre del que apenas se había separado en los últimos días—. No pongas esa cara. No soy ninguna hechicera malvada de esas que aparecen en los cuentos. Deseo lo mejor para ti y para tu familia. Y por ese motivo te otorgo esta bendición destinada a nuestros recién nacidos, a los nuevos *zéphyros*, a aquellos a los que Meda reconocerá como sus hijos.

—¿Meda?

—¿Llevas días dibujándola y estudiándola y aún no la conoces? —dijo ella riendo. Se acercó al balcón suspendido sobre la nada y extendió los brazos para abarcar todo su mundo—. Meda es la fuerza que nos mueve, la corriente de aire que atraviesa el cañón. Es nuestra diosa: violenta y despiadada en ocasiones; dulce y sosegada en otras. Extraña y misteriosa casi siempre. Solo hay que conocerla para amarla.

—¿Tú la amas?

—¡Más que a nada! De igual manera que tú amarás a ese nuevo ser que está a punto de llegar a tu vida.

Junka se estremeció al recordar aquellas palabras. ¿Serían algún tipo de premonición? ¿Llegarían sus hijos a volar como los *zéphyros*? Volvió su rostro hacia Belisa. Era tan hermosa... *Ella sí que merece volar lejos de este lugar... Haré lo que esté en mi mano para que tú también consigas tus sueños*, se prometió mientras depositaba un dulce beso sobre la frente de su amada. Seguidamente metió la cabeza bajo la manta. Colocó su dedo índice sobre el ombligo de la joven *tula* y partiendo de él comenzó a dibujar sobre su piel la bendición que Cenora le había confiado. El bebé se movió al sentir su contacto y él acercó sus labios para susurrarle sin que su esposa pudiera oírle: *tu nombre es Meda, para que lo sepas. Pero guarda el secreto hasta el día en el que nos veamos por primera vez.*

**Fin**